

LA PEREGRINACIÓN JACOBEA EN LA LITERATURA ÁRABE MEDIEVAL

Ana María Carballeira Debasa
Escuela de Estudios Árabes
CSIC, Granada

Con el fin de trazar una visión de conjunto sobre la peregrinación a la tumba del apóstol Santiago a partir de los datos contenidos en la literatura árabe medieval, en estas páginas procederé a revisar una serie de fuentes textuales de tipo narrativo, entresacando los pasajes donde se hace referencia tanto a las rutas jacobeanas como al santuario compostelano. Para conocer la imagen que los musulmanes del medievo se habían forjado del tema en cuestión es preciso abordar la información contenida en los escritos árabes respetando el punto de vista subjetivo de sus autores.

Se trata de una docena de obras que fueron redactadas en lengua árabe por autores del Occidente y del Oriente islámico. En particular, la consulta de textos geográficos e históricos es especialmente relevante para analizar el tema objeto de este trabajo, ya que son los que proporcionan un caudal informativo más prolijo a este respecto. Era habitual que los autores incluyeran en sus obras información fruto de sus lecturas, así como noticias que les habían sido transmitidas oralmente. El hecho de copiar obras anteriores justifica la existencia de reiteraciones informativas. Además, la ausencia de una labor crítica explica que a veces del mismo hecho se ofrezcan versiones contradictorias. En el caso que aquí nos ocupa, estos autores no extrajeron datos de su propia experiencia, ya que ninguno de ellos había conocido personalmente territorio cristiano.

No se debe soslayar que este tipo de material presenta limitaciones. Por una parte, las noticias relativas al tema en cuestión se hallan fragmentadas y dispersas dentro del corpus documental objeto de estudio. Por otra parte, la perspectiva de los textos árabes puede estar limitada por la distancia geográfica y cronológica desde la que escriben sus autores. Es preciso tener en cuenta que los conocimientos de éstos sobre la geografía del norte cristiano resultan deficientes, por lo que son frecuentes las imprecisiones, inexactitudes e incongruencias. Pese a todo, el hecho de que muchos de los autores árabes que se hacen eco de la peregrinación jacobea no sean de origen andalusí, sino norteafricano u oriental, pone de manifiesto que este fenómeno había trascendido los límites peninsulares.

A continuación, abordaré los itinerarios que seguían los viajeros en su peregrinación jacobea, tal y como aparecen consignados en la obra de un autor musulmán del siglo XII. Posteriormente, traeré a colación las noticias contenidas en las fuentes árabes en relación con la ciudad de Santiago, el santuario compostelano y la figura del apóstol, incluyendo una mención especial al saqueo al que fueron sometidos esta ciudad y su templo por la autoridad andalusí a finales del siglo X.

LAS RUTAS JACOBEOAS

Son varios los autores que consagran algún pasaje de sus obras a describir con mayor o menor profusión de detalles la peregrinación jacobea. En las fuentes árabes medievales son relativamente frecuentes las alusiones a la ciudad de Santiago de Compostela y a su famoso templo. Sin embargo, no se puede decir lo mismo de las noticias relativas a los diversos caminos que recorrían los peregrinos para dirigirse al santuario que albergaba la tumba del apóstol.

El célebre geógrafo ceutí del siglo XII al-Idrisi es el único autor árabe que registra una descripción detallada de las rutas jacobeoas, a la cual dedica nada menos que ocho páginas de su tratado geográfico. Por este motivo, a continuación voy a centrar mi atención en reproducir los itinerarios a Santiago, según la concepción idrisiana de los mismos.

Aunque al-Idrisi había viajado por la Península Ibérica,

resulta bastante improbable que hubiese alcanzado territorio cristiano. En este sentido, cabe plantearse cómo este geógrafo llegó a trazar una descripción tan minuciosa de las rutas jacobinas como la que ofrece a sus lectores. Es obvio que el autor en su obra geográfica no sólo recurrió a su propia experiencia, sino también a noticias obtenidas a partir de otras fuentes de información: geógrafos clásicos (como Ptolomeo y Orosio), así como geógrafos árabes del siglo X (como al-Masudi, al-Razi e Ibn Hawqal). Asimismo, al-Idrisi recabó numerosos datos referidos al Camino de Santiago de fuentes orales; en concreto, ciertas particularidades fonéticas presentes en su obra permiten concluir que algunos de los informantes pudieron ser navegantes galaico-portugueses, musulmanes de la zona cristiano-islámica de Coimbra, gascones nativos de Bayona y castellanos conocedores del *Códice Calixtino*.

Es preciso tomar en consideración que Compostela se hallaba en pleno apogeo en tiempos de nuestro autor, por lo que era un punto de cruce por el que transitaba gente venida de todas partes. El trabajo de al-Idrisi confirma la importancia del Camino de Santiago en el ámbito medieval cristiano en la primera mitad del siglo XII. Fue precisamente en esta época cuando esta urbe adquirió una gran relevancia en el ámbito cristiano, al obtener la categoría de sede metropolitana y al considerarse la peregrinación a este santuario tan meritoria como la realizada a Jerusalén o a Roma. Conviene recordar que el culto a Santiago se forjó en el contexto de la lucha contra el Islam y se convirtió en símbolo de la resistencia cristiana.

Los itinerarios a Compostela descritos por al-Idrisi son los siguientes: 1) Coimbra-Santiago por mar; 2) Santiago-Bayona (de Francia) por mar; 3) Coimbra-Santiago por tierra; 4) Santiago-Bayona (de Francia) por tierra.

Tal y como se puede constatar, Coimbra era el punto inicial de una vía marítima y otra terrestre que conducían a Santiago, dado de que esta ciudad enlazaba la zona cristiana con la musulmana, por lo que constituía un punto de referencia ineludible.

El primer recorrido es el marítimo que desde Coimbra se dirige a Santiago. En él al-Idrisi efectúa una descripción del litoral atlántico en dirección sur-norte. En general, estos datos son bastante uniformes en densidad y exactitud. Según las notas

consignadas por el autor, desde Coimbra, navegando por el río Mondego, se llega a Montemayor. Desde allí se continúa la travesía por mar hasta la desembocadura del río Vouga y, después, hasta la del Duero. A continuación, al-Idrisi desplaza su narración a la costa gallega a partir del delta del Miño. Después, hace referencia al río Oitavén, que desemboca en la ría de Vigo, señalándose la presencia en el mar de las islas Cíes. El autor menciona luego el río Lérez, en cuyos aledaños emplaza el Umia; frente a la desembocadura de este último en el mar localiza la isla de Ons. Finalmente, al-Idrisi se refiere al Ulla, informando de que en él penetra la marea, lo que explica que naves de considerable tamaño lleguen hasta un gran puente de cinco arcos -el de Cesures-, cuyo tamaño permite el paso de las embarcaciones sin abatir sus pilares. No muy lejos de Pontecesures el autor localiza una gran fortaleza: las Torres del Oeste, desde donde fija en unas seis millas la distancia a Compostela. Hay que tener en cuenta que la milla de al-Idrisi equivale a casi dos kilómetros.

Posteriormente, prosigue el itinerario marítimo de Santiago hasta Bayona en el Sur de Francia. La precisión de esta ruta es bastante satisfactoria hasta Ortigueira, pero muy sumaria y un tanto deficiente en lo que concierne a la descripción del litoral cantábrico hasta el golfo de Vizcaya. Este recorrido consta de tres trayectos bien diferenciados: el primero, de Santiago a Ortigueira, parte de tres puntos seguros: Finisterre, La Coruña y Ortigueira. El segundo tramo abarca la costa cantábrica hasta el golfo de Vizcaya; en él los topónimos mencionados por al-Idrisi son muy escasos, siendo Santillana del Mar el punto de referencia más seguro. El último trayecto de este recorrido va desde este punto hasta Bayona. Según la información consignada por nuestro autor, el viajero navegará por el Cantábrico hasta llegar al río Orobide, a orillas del cual se halla el monasterio de S. Salvador de Urdax; desde allí se llega a Port-aux-Pêcheurs, al abrigo de la punta de Biarritz y al lado de la ciudad de Bayona.

El tercer camino registrado por al-Idrisi es la vía terrestre de Coimbra a Santiago. En este recorrido el autor presta especial atención a las etapas del viaje por tierras portuguesas. Según los datos que proporciona, desde Coimbra se sale hacia el pueblo de Avo, a orillas del río Alva, afluente del Mondego. Desde esta

localidad se continúa hasta S. Miguel do Outeiro, cerca de Viseu. El itinerario avanza hasta Vilaboa de Quires, población próxima a la confluencia de los ríos Duero y Támega. Desde este último pueblo se llega a la ciudad de Braga, desde la cual se alcanza Tuy. Es éste el punto desde donde se enlaza directamente con Santiago. Asimismo, al-Idrisi hace alusión al enlace de este itinerario por Salamanca, Zamora y León, en referencia a la conocida como Vía de la Plata. Aunque en la descripción del camino terrestre que acabamos de reseñar no se detectan demasiados errores, la parquedad de datos a este respecto contrasta con la información más pormenorizada de la vía marítima de Coimbra a Santiago.

Finalmente, al-Idrisi ofrece al lector las noticias relativas al itinerario Santiago-Bayona por tierra. Para ello toma como principal punto de referencia la ciudad de León, abordando en primer lugar el trayecto occidental, pero sin la precisión que caracteriza al tramo oriental. Tampoco en este caso fija las etapas en territorio gallego, limitándose a apuntar que, partiendo de Santiago y cruzando numerosos pueblos y tierras cultivadas, se alcanza el monte Cebreiro, ubicado en el desfiladero de Piedrafita. Posteriormente, la descripción del itinerario se encamina hacia el Este hasta llegar a Francia, pasando por Ponferrada, Astorga, León, Sahagún, Carrión, Burgos, Nájera, Logroño, Estella, Puente la Reina, Pamplona y Roncesvalles. El autor informa de que tras los Pirineos hay que atravesar Saint-Jean-Pied-de-Port, Saint-Bertrand-de-Cominges, Morlaas y Auch. Se ofrecen luego las indicaciones para enlazar con otras ciudades galas.

Al-Idrisi no sólo abordó lo que él consideraba las principales rutas de su época, sino que en su tratado también recogió modestos senderos regionales. En este contexto, no se debe perder de vista que antes de iniciarse el año 1000 los frecuentes ataques musulmanes contra el norte peninsular hicieron insegura la peregrinación a Compostela por la ruta meridional, razón por la cual hubo de utilizarse la calzada secundaria ubicada al norte de la Cordillera Cantábrica. Más tarde, con el desplazamiento hacia el sur del centro político de al-Andalus los peregrinos pudieron retomar el camino principal.

Llegados a este punto, es preciso reconocer que los datos consignados por al-Idrisi en relación con los diversos caminos

que en su época conducían a Compostela son abigarrados y multiformes. Conviene tomar en consideración que este geógrafo se encontró en la tesitura de tener que interpretar las numerosas e incoherentes noticias que había recabado de sus informantes orales o de fuentes escritas. Sin embargo, pese a la existencia de incongruencias, dudas, repeticiones e imprecisiones, no se puede negar que a veces las indicaciones de nuestro autor resultan de una verosimilitud insoslayable; tal es el caso de numerosos datos referidos a la última vía terrestre reseñada, la que desde Compostela se dirige a Francia.

EL SANTUARIO COMPOSTELANO

Como ya se ha mencionado, las fuentes árabes medievales son considerablemente más prolijas en relación con noticias concernientes a la ciudad de Santiago y al santuario que ésta alberga entre sus muros. Es habitual que el renombre de Compostela aparezca supeditado a la celebridad del templo en cuestión. En general, se trata de noticias muy concisas, poco profusas en detalles, pero que muestran la relevancia religiosa que alcanzó esta ciudad dentro y fuera del ámbito medieval cristiano.

En cuanto al importante papel jugado por Compostela como meta de peregrinaciones, es ilustrativa la visita que el poeta jienense Algazel cursó a la ciudad como broche a su embajada -representando al emir cordobés Abd al-Rahman II- ante el rey de los normandos poco después de su invasión de la Península Ibérica en el año 844. Una vez cumplida su misión, Algazel abandonó la corte normanda, acompañado por embajadores del rey, quienes llevaban una carta dirigida al gobernador de Santiago y aprovechaban la ocasión para peregrinar a la tumba del apóstol. Allí permanecieron dos meses, después de los cuales Algazel regresó a Córdoba. En relación con esta anécdota, llama la atención el relato de la peregrinación a Compostela en un momento en el cual el culto jacobeo aún no estaba consolidado.

En términos generales, las noticias contenidas en los textos árabes reflejan la gran importancia que los musulmanes otorgaban a este santuario cristiano. En el siglo XI el geógrafo

onubense al-Bakri indica que Compostela es la ciudad de la Iglesia de Oro, donde se celebra una fiesta a la que acuden gentes de territorio franco, Roma y de todas las regiones vecinas.

Pero es de nuevo el geógrafo ceutí del siglo XII al-Idrisi el autor que de forma más prolija se refiere a la magnificencia del templo y lo hace en los siguientes términos:

Esta iglesia es conocida como lugar de destino y peregrinación. Los cristianos acuden a ella peregrinando desde todos los lugares y no existe ninguna iglesia más imponente, a excepción de la de Jerusalén. Se parece al Templo de la Resurrección (Santo Sepulcro) por la belleza de su construcción, la amplitud de su espacio y las riquezas que atesora, fruto de las generosísimas ofrendas y limosnas. Hay en ella gran cantidad de cruces labradas en oro y plata, engastadas en diferentes clases de piedras preciosas, de jacinto coloreado y de topacio, y, además de esto, el número de cruces forjadas supera el de trescientas entre grandes y pequeñas. En ella existen cerca de doscientos retablos recubiertos de ornamentación en oro y plata. Atienden el culto cien sacerdotes, sin contar los ayudantes y otros servidores. [Esta iglesia] está construida con piedra y cal alternándose, y se halla rodeada por casas que habitan los sacerdotes, los monjes, los diáconos, los acólitos y los chantres.

Los textos de otros autores árabes proyectan una imagen similar, reflejando tanto el trascendente papel desempeñado por este santuario en todo el orbe cristiano como la singularidad que los propios musulmanes le reconocen. Tal es el caso del geógrafo almeriense del siglo XII al-Zuhri, quien emplaza el templo compostelano en medio de una isla en un golfo del mar, señalando que en ella sólo hay una entrada. En su obra no deja de subrayar la importancia de este templo, estableciendo un símil con el de Jerusalén. Este geógrafo también indica que la iglesia en cuestión recibe el nombre de uno de los apóstoles de Jesús, llamado Jacobo, lo cual le atribuye mérito suficiente para convertirse en meta de peregrinación de los cristianos de la tierra de Siria, Constantinopla, Roma, etc. Al-Zuhri destaca el hecho

de que los cristianos de Oriente que desean obtener el título de peregrino deben dirigirse a Compostela, mientras que quienes se encuentran en Santiago deben acudir a Jerusalén a fin de alcanzar ese mismo mérito. En este contexto, es preciso traer a colación que, siguiendo una tradición islámica, el título de “peregrino” (en árabe, *hayy*) precede al nombre de pila del musulmán que ha efectuado la peregrinación a los Santos Lugares del Islam. El hecho de haber cumplido con este precepto coránico otorga a ese individuo un considerable prestigio social en el seno de la comunidad musulmana, cuyos miembros le profesan, a partir de entonces, un profundo respeto. De esta manera, en el pasaje anterior, al-Zuhri extrapola la importancia de la peregrinación en el Islam a la peregrinación jacobea.

Otros textos poco o nada nuevo aportan respecto a esta cuestión. De este modo, los autores musulmanes del siglo XIII no conceden especial atención a la peregrinación jacobea. De hecho, el único geógrafo que aporta algún tipo de información al respecto, el granadino Ibn Said al-Magribi, se limita a decir que en Santiago se halla la tumba del apóstol Yago, la cual goza de gran consideración entre los cristianos.

Las fuentes árabes del siglo XIV tampoco se caracterizan por una profusión de noticias en relación con el tema que nos ocupa. Tal es el caso del autor oriental Abu l-Fida, quien atribuye al sepulcro del apóstol Yago la gran veneración que los cristianos sentían por Compostela. A su vez, el testimonio del polígrafo granadino Ibn al-Jatib aporta ciertos matices a esta idea, precisando que se trata del santuario más importante de los cristianos tanto en la geografía peninsular como en el continente. Por su parte, el historiador magrebí Ibn Idari incluye en su obra unos apuntes biográficos de Santiago el Mayor. Informa de que éste fue uno de los doce apóstoles de Jesús y el más allegado a él, debido a los lazos familiares que unían a ambos. Afirma que, al igual que Jesús, Santiago también era hijo de José, el carpintero, motivo por el cual los cristianos llamaban a este apóstol “el hermano de Dios”. Según los datos aportados por Ibn Idari, Santiago fue obispo en Jerusalén y predicó por todo el orbe. En este recorrido uno de los lugares que visitó fue Galicia, regresando después a tierra de Siria, donde fue muerto a la edad de ciento veinte años. Sus discípulos trasladaron su cuerpo al

noroeste peninsular y lo sepultaron en una iglesia próxima al lugar donde él había dejado sus huellas.

Sin embargo, en el siglo XV el geógrafo magrebí al-Himyari, además de mencionar la trascendencia de este templo para los cristianos, sostiene que fue edificado sobre los restos del apóstol Yago para conmemorar una fiesta religiosa que se celebra un día señalado del año. Relata que Santiago fue asesinado en Jerusalén y que, posteriormente, sus discípulos depositaron su cadáver en una embarcación; ésta surcó el Mediterráneo hasta adentrarse en el Atlántico y, finalmente, encalló en la costa próxima a la ubicación del templo en cuestión.

La última noticia existente a este respecto es registrada por el gran compilador magrebí del siglo XVII al-Maqqari. Éste, basándose en textos anteriores, afirma que la iglesia existente en Santiago era venerada por los cristianos, siendo equivalente a la Mezquita de Jerusalén o a la Caaba de La Meca para los musulmanes. Añade que cristianos de diversos lugares acudían a la cita anual que tenían con aquella ciudad, donde visitaban el santuario de uno de los doce apóstoles de Jesús, hijo de María, conocido por los nombres de Yago o Jacobo. Además, este autor informa de que los cristianos que realizaban la peregrinación al santuario compostelano obtenían el título de peregrino. En lo que respecta a la figura de Santiago, al-Maqqari repite los mismos tópicos que sus predecesores, limitándose a mencionar que éste fue el apóstol más querido de Jesús, que fue obispo en Jerusalén y que predicó la religión cristiana por todo el mundo; a su regreso a tierra de Siria, falleció a una edad muy avanzada, siendo sus restos mortales transportados e inhumados en el templo compostelano.

En síntesis, la imagen que se puede extraer de los textos árabes medievales sobre la peregrinación jacobea es que el conocimiento de los musulmanes a este respecto puede resultar un tanto confuso. En general, es de resaltar la riqueza espiritual que confiere a Compostela la imagen de meta de los peregrinos cristianos en Occidente. Asimismo, cabe destacar que, junto a esta riqueza espiritual, también se menciona la riqueza material que ya en el siglo XII generaba la considerable afluencia de visitantes.

LA CAMPAÑA MILITAR DE ALMANZOR CONTRA SANTIAGO

Fue precisamente esta riqueza espiritual lo que motivaría la famosa expedición que Almanzor, el chambelán del califa cordobés Hisham II, dirigió contra Santiago de Compostela en el año 997.

La actividad bélica de Almanzor fue especialmente intensa si tomamos en consideración las más de cincuenta expediciones militares que dirigió contra los reinos cristianos peninsulares durante los veinticinco años en los que asumió la jefatura militar en al-Andalus. Pero, de todas las expediciones dirigidas contra territorio cristiano por Almanzor, fue la campaña contra Santiago de Compostela la que mayor trascendencia tuvo en el ámbito islámico.

La elección de este santuario gallego no fue un hecho fortuito. En el siglo X Compostela se estaba afianzando como uno de los centros religiosos de mayor prestigio de Occidente. Los andalusíes eran plenamente conscientes del simbolismo que este santuario representaba para el enemigo cristiano. Por ello su destrucción tuvo una gran resonancia en el Islam, al interpretarse como la mayor afrenta infligida al conjunto de la Cristiandad.

Recientemente, se ha demostrado que la campaña de Santiago pudo deberse a la decisión del rey leonés Vermudo II de dejar de pagar el tributo a Córdoba. Otro factor que no se debe soslayar es la crisis política interna que por aquel entonces vivía el califato omeya, provocada un año antes, en 996, por la ruptura de las buenas relaciones existentes entre Subh, madre de Hisham II, y Almanzor. Éste, que no podía justificar su poder dinásticamente, intentó legitimar su mandato político y militar mediante el recurso a la guerra santa. El apoyo de sus súbditos dependía, en buena parte, de sus triunfos militares sobre los cristianos. De este modo, el saqueo de Santiago habría supuesto una distracción de la atención de la población andalusí de los problemas internos, además de una demostración de fuerza del chambelán de Hisham II no sólo a los ojos del enemigo cristiano sino también ante los propios andalusíes.

Según los testimonios preservados en las crónicas árabes, el 3 de julio de 997 Almanzor partió de Córdoba. En su progresión por el noroeste peninsular el ejército andalusí

atravesó el Miño por Tuy. Una vez franqueado el río Ulla, Almanzor saqueó Iria Flavia, donde había un santuario consagrado al apóstol. Finalmente, el 10 de agosto el ejército andalusí llegó a Santiago de Compostela. La ciudad, que previamente había sido evacuada por sus habitantes, fue saqueada y devastada. El templo quedó arrasado, a excepción de la tumba del apóstol, que se respetó por orden de Almanzor; tampoco se importunó al monje que la custodiaba, quien dijo ser un familiar del apóstol. Culminado el saqueo, Almanzor emprendió el camino de regreso a Córdoba, llevando, junto a un gran número de cautivos, las campanas del templo de Santiago y las puertas de la ciudad. Tanto unas como otras fueron colocadas en la mezquita de Córdoba, que en ese momento se hallaba en plena fase de ampliación: las campanas serían utilizadas como lámparas y las puertas para el artesonado del techo. Sin embargo, las fuentes árabes se muestran indiferentes ante los bienes expoliados en el templo; no parece que hallasen allí riquezas mayores a las ya existentes en Córdoba y que fueran dignas de mención.

En este relato uno no puede por menos que preguntarse quién era el monje que custodiaba el sepulcro del apóstol y por qué Almanzor respetó ese lugar de enterramiento. Mientras los autores musulmanes no se pronuncian sobre la identidad del monje en cuestión, la tradición cristiana lo identifica con S. Pedro de Mezonzo, por aquel entonces prelado de Compostela. En lo que se refiere al hecho de que Almanzor no destruyese la tumba del apóstol, este respeto se puede atribuir al vínculo de parentesco que, según hemos visto, los musulmanes establecen entre Santiago el Mayor y aquél a quien ellos consideran “el gran Profeta Jesús”. Asimismo, con este modo de proceder es posible que Almanzor evitase ofender a sus aliados cristianos. Hay que tener en cuenta que un sector de la nobleza galaico-portuguesa estuvo implicado en la campaña de Santiago, lo que explica que los castillos de los condes aliados fuesen esquivados por el ejército andalusí. Después de que Vermudo II rompiera la tregua con al-Andalus, estos personajes se habían aproximado al todopoderoso Almanzor para garantizar la paz en sus distritos. Por su parte, Almanzor también necesitaba formar alianzas locales cristiano-musulmanas como modelo clientelar que asegurase a sus descendientes el ejercicio del poder cuando

él falleciese.

Así pues, fue la enorme repercusión religiosa que alcanzó la peregrinación a la tumba del apóstol lo que motivó la campaña militar que Almanzor dirigió contra Compostela. Aunque este ataque fue dirigido de forma intencionada contra el corazón de la Cristiandad occidental, tuvo también una clara vocación política para reforzar el poder de Almanzor tanto dentro como fuera de las fronteras andalusíes y, más a largo plazo, para perpetuar el Califato omeya en manos de sus descendientes.

Al hilo del relato contenido en los textos árabes cabe preguntarse si Compostela y su santuario padecieron unos efectos tan devastadores como los que reflejan los textos árabes. En este contexto, no se debe obviar el tono triunfalista y partidista del relato. Es bien sabido que los autores musulmanes que redactan sus obras en conexión con el poder político central tienden a exagerar los resultados de las victorias obtenidas por las armas islámicas sobre el enemigo.

Como suele ser habitual en los escritos de los autores árabes medievales, las noticias que éstos han dejado consignadas en sus obras no son del todo fidedignas. No obstante, pese a que su veracidad pueda resultar cuestionable en algunos casos, este tipo de información es ilustrativo del grado de conocimiento que aquéllos tenían del fenómeno jacobeo.